La amante del millonario

Por despecho



HARLEQUIN

SUS MEJORES NOVELAS DE AMOR

Miranda Lee



La amante del millonario

Miranda Lee

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 1998 Miranda Lee . Todos los derechos reservados.
LA AMANTE DEL MILLONARIO, Nº 15 - 1.2.03
Título original: The Millionaire's Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon, Ltd. Londres

© 1998 Miranda Lee . Todos los derechos reservados.
POR DESPECHO, Nº 15 - 1.2.03
Título original: The Boss's Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon, Ltd. Londres

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 1999.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

I.S.B.N.: 84-671-0395-7
Depósito legal: B-49863-2002
Editor responsable: M. T. Villar

Capítulo 1

AQUEL hombre la observaba desde lejos... disgustado consigo mismo por hacerlo.

Ella estaba retozando en la piscina con un grupo de jóvenes admiradores, flirteando escandalosamente con ellos.

Por más que se esforzaba, no podía apartar los ojos de ella; su mirada estaba cautivada por su largo cabello rubio, sus brillantes ojos azules, su boca sensual que no dejaba de reír.

Aquella risa murió en sus labios cuando uno de los jóvenes la hundió en el agua, jugando. Volvió a emerger respirando con dificultad, esforzándose por apartarse el cabello de la cara. Y dando la espalda a sus admiradores, nadó hasta la escalerilla y empezó a salir de la piscina, con el agua chorreando a lo largo de su cuerpo... su perfectamente proporcionado, maravilloso cuerpo.

Una vez fuera, se sacudió la melena y se la escurrió retorciéndosela como si fuera una toalla, inclinándose hacia delante mientras lo hacía, con los senos casi escapando de su diminuto bikini.

Él maldijo en silencio mientras sentía la reacción de su propio cuerpo. Ella era todo lo que deseaba... y despreciaba a la vez. Una chica terriblemente frívola y hermosa, con un cuerpo de locura y un alma indudablemente egoísta y corrompida.

No sabía su nombre. Tampoco tenía ninguna necesidad. Quizá se llamaría Tiffany, o Felicity, quizá Jacqueline. Tal vez incluso fuera otra Stephany.

Su nombre no importaba. Ella no importaba. Lo que sí importaba era que él todavía no era inmune a las de su clase. ¿Acaso nunca aprendería la lección?

Suspirando, se dijo que no debería haber ido allí. Aquel tipo de diversiones no era para él; se le había pasado la edad. Ahora quería más... y no lo encontraría en aquel lugar.

Dejando su copa sobre una mesa cercana, se apartó de la ventana y fue en busca de su anfitrión.

–¡Pero si todavía es muy pronto! –exclamó Félix cuando su apreciado invitado se dispuso a despedirse.

–Lo siento, pero es que te tenido una semana muy dura.

–Trabajas demasiado en ese banco tuyo...

–Desde luego.

–Deberías aprender a relajarte, Marcus –le aconsejó–. ¿Por qué no te quedas un poco más? Anda, sírvete otra copa y te presentaré a la chica Montgomery.

–¿La chica Montgomery?

–Justine Montgomery. Vi cómo la observabas hace un momento. Y no es que te culpe por ello; es un verdadero bombón... dispuesto a que cualquiera se lo coma en cualquier momento...

Justine; sí, ese nombre le iba bien. Era esnob, como su propietaria. Marcus sonrió, cínico; definitivamente no albergaba ilusión alguna sobre las chicas como ella. Ya se había encontrado con demasiadas durante los diez últimos años de su vida. Incluso se había casado con una.

Un leve estremecimiento sacudió su memoria.

–No lo creo, Félix. Es mejor admirar desde lejos a las chicas como la señorita Montgomery.

–No dejes que tu matrimonio con Stephany te amargue. No todas las mujeres son tan volubles y desleales como ella.

–Menos mal. Aunque yo no llegaría a catalogar a la señorita Montgomery como una mujer hecha y derecha. No parece tener ni veintiún años.

–Eso es porque no los tiene. ¿Pero qué tiene de malo que sea tan joven? Stephany sólo tenía veintiún años cuando se casó contigo, ¿no?

–Exactamente –fue su seca respuesta.

–No tienes por qué casarte con esa chica, ¿sabes?

–Oh, sí, claro que lo sé. Lo sé demasiado bien.

–No es eso lo que quería decir. Y no juzgo a la hija por el padre. Puede que Grayson sea un tipo amoral, pero Justine es una chica muy dulce.

–Demasiado dulce para mí, me temo –la risa de Marcus era dura y fría–. En todo caso, si vuelvo a encontrarme con la señorita Montgomery, recordaré tu consejo. Bueno, debo irme. Mañana a primera hora tengo una reunión.

Justine aparcó su deportivo plateado en el garaje doble, y descubrió extrañada que el lugar del coche de su padre estaba vacío. ¿Dónde diablos podría estar un domingo a medianoche?, se preguntó frunciendo el ceño.

Si hubiera sido la noche del sábado, habría sido diferente. Generalmente los sábados jugaba al póquer con sus amigos hasta altas horas de la madrugada, pero las tardes de domingo se las reservaba a su mujer. Todavía con el ceño fruncido, subió las escaleras hasta el primer piso de la casa, donde se encontraban los dormitorios. Al ver una rendija de luz bajo la puerta del de su madre, se detuvo y llamó suavemente.

–¿Mamá? ¿Estás despierta?

–Sí, querida. Entra.

Adelaide Montgomery estaba sentada en la cama, apoyada contra una montaña de almohadones, con una novela en una mano y un bombón mordisqueado en la otra. A sus cincuenta y siete años, la madre de Justine seguía siendo una mujer muy atractiva. Pero su antaño esbelta figura había desaparecido, y siempre se quejaba de su exceso de peso.

–¡Mamá! –le reprochó Justine al ver la gran caja de bombones a un lado de la cama–. Se suponía que esta semana debías empezar la dieta.

–Y lo voy a hacer, querida. Mañana.

–¿Papá todavía no ha llegado? –inquirió Justine, sentándose en la enorme cama con dosel de sus padres.

–No, y cuando vuelva, vamos a tener unas palabras. Cuando llamó para decirme que no cenaría en casa, podría haberme avisado de que estaría fuera hasta tan tarde... de todas formas, yo no soy del tipo de mujeres que se angustian y preocupan por todo...

Justine pensó que tenía razón. Su madre nunca se preocupaba por nada porque nunca se responsabilizaba de nada. Grayson Montgomery era el cabeza de familia en todos los sentidos. Llevaba la casa, contrataba y expulsaba a la plantilla, tomaba todas las decisiones y pagaba las facturas. Ni la madre ni la hija sabían mucho acerca de sus negocios, aparte de que administraba una gran gestoría y de que trabajaba muchas horas al día.

Hombre atractivo y carismático, Grayson siempre había mimado demasiado a su esposa y a su hija en las cosas materiales porque, a decir verdad, no pasaba mucho tiempo con ninguna de ellas.

A veces, Justine se preguntaba qué tipo de relación habría tenido con su padre su hermano mayor, de haber vivido. Pero el primer hijo de Adelaide Montgomery, su querido Lorne, había muerto de forma inexplicable cuando sólo contaba diez meses de edad. En aquel entonces, su madre sufrió una fuerte depresión, y se prometió no volver a tener jamás un hijo.

Cuando nació Justine unos diez años más tarde, Adelaide ya había perfeccionado su papel de «mujer despreocupada», y se convirtió en una madre espléndidamente indulgente. Justine sufrió los efectos de aquella deficiente educación, tan opuesta a lo que habría sido una normal reacción sobreprotectora por la temprana muerte de su hermanito.

Aquella carencia de cuidados por parte de su madre, junto con las numerosas ausencias de su padre, hizo que Justine creciera en un ambiente falto de disciplina alguna. Fracasó en la mayoría de los exámenes del colegio, y eso a pesar de que los informes decían que era una chica excepcionalmente inteligente. Hasta que al final aprobó el último año, a base de hincar los codos durante los seis últimos meses... de modo que pudo acceder a una universidad cercana a donde vivían los Montgomery, en Lindfield.

Ya había pasado tres deliciosos años en el campus universitario, en cuyo club ingresó desde el principio, participando en fiestas y divirtiéndose como nunca en toda su vida se había divertido. Desgraciadamente, su frenética vida social volvió a acarrearle un fracaso correspondiente en sus exámenes, de forma que al tercer año tuvo que tomárselo más en serio. De hecho, aquella misma semana había terminado con buenas expectativas su último examen para aprobar el primer curso.

–¿Te divertiste en la fiesta, cariño? –le preguntó su madre mientras mordisqueaba otro bombón.

–Oh, sí, supongo que sí. Estuve con la vieja pandilla de siempre. Me llevé mi coche, así que no dejé que Howard me acompañara... La verdad es que se está convirtiendo en un pelmazo. Sólo porque haya salido un par de veces con él, ya cree tener derechos sobre mí... Me estaba divirtiendo muchísimo en la piscina cuando de pronto se me acercó por detrás y me hundió la cabeza en el agua. Me puse furiosa... No voy a dejar que me siga tratando así. Por la manera en que se comporta, cualquiera diría que nos hemos acostado.

–¿Cómo? –Adelaide levantó los ojos del libro y la miró asombrada–. ¿Has dicho que te has acostado con alguien?

Justine suspiró. Podría decirle que se estaba acostando con todos los hombres de su facultad, y aun así su madre no reaccionaría normalmente. Algún día su-

cedería algo que la sacara de aquella especie de niebla en que vivía.

–No, mamá. En realidad he dicho que no me acostado con Howard. Howard Barthgate –añadió cuando su madre la miró como si no pudiera identificar el nombre.

–Ah, sí, el chico de los Barthgate. ¿Y no te has acostado con él? Eso me sorprende; un chico tan guapo... Pero así es como se los caza, querida. No te acuestes con ellos. No podrías hacerlo mejor, ¿sabes? Su padre es multimillonario, y Howard su único hijo.

–¡Mamá, no voy a casarme con Howard Barthgate!

–¿Por qué no?

–Porque es un falso adulador, arrogante y...

–¿De verdad? Oh, bueno, cualquier cosa que hagas estará bien, querida. Ya aparecerá otro. Una chica como tú siempre tendrá hombres a puñados.

–¿Qué quieres decir con eso de «una chica como yo»?

–Oh, ya sabes –repuso Adelaide con tono ligero–. Rica, soltera, sexy...

Justine se quedó sorprendida al escuchar aquel último adjetivo. La mayoría de las madres habrían dicho «preciosa», o «encantadora», o «bonita». Justine no era ninguna estúpida. Todos los días se miraba en el espejo y sabía que era una chica guapa...

¿Pero sexy? Nunca se habría definido así, principalmente porque no estaba en absoluto interesada en el sexo. Nunca lo había estado. Ciertamente había salido muchísimas veces con chicos, pero jamás había ido más allá de algunos besos y caricias.

De hecho, había sido su aversión a esas caricias lo que la había disuadido de permitirse más. Odiaba todo aquello. El pensamiento de unos dedos ardientes y temblorosos acariciándole los senos, o una boca húmeda babeándole encima... le ponía los pelos de punta.

Justine siempre dejaba claro desde su primera cita

que si el chico pretendía acostarse con ella esa noche, ya podía buscarse otra. No tenía intención de darle sexo a un hombre sólo porque la invitara a cenar o a ver una película. Sólo un amor verdadero, reflexionaba, podría hacer soportable un acto tan íntimo y... en apariencia repugnante.

A pesar de aquel prejuicio, Justine seguía disfrutando de una ajetreada vida social, y no le faltaban pretendientes. Su vida estaba llena de alegría, sin los traumas y las complicaciones que acarreaban una relación sexual. Todas sus amigas le contaban historias terribles sobre sus variados novios y amantes.

Francamente, Justine pensaba que el sexo conllevaba más problemas de los que se merecía.

Por supuesto, mantenía constantes discusiones con las amigas que pensaban de distinta forma sobre el asunto. A Trudy, que vivía dos calles más abajo de Justine y que hacía años que era su mejor amiga, simplemente la volvían loca los hombres y el sexo. Apenas la semana anterior le había asegurado a Justine que un día aparecería algún hombre que la haría perder el sentido, y se acostaría con él.

Justine se había mostrado escéptica. Tendría que ser un hombre entre un millón, eso era seguro, inteligente y atractivo. En suma, todo lo contrario a Howard Barthgate.

Después de expulsar a Howard de sus pensamientos, se levantó rápidamente de la cama de su madre.

–Creo que voy a hacerme una taza de chocolate caliente. ¿Quieres una?

–No, gracias, querida. El chocolate engorda muchísimo –respondió su madre, toda seria.

A duras penas contuvo Justine la risa mientras salía de la habitación. Verdaderamente, su madre era incorregible. Pero al mismo tiempo era terriblemente bondadosa, sin un solo gramo de maldad en todo su cuerpo. Era maravilloso tener una madre que quería con

locura a su hija, y que además no interfería para nada en su vida. Porque a Justine le encantaba la independencia.

Sonriendo, bajó por la curva escalera central mientras pensaba en todas las veces que se había deslizado por la barandilla pulimentada de madera, cuando era pequeña. ¡Qué maravillosamente despreocupada y consentida infancia había tenido! Algunas personas la habrían llamado «terca» y «mimada», pero ella no pensaba de esa forma. Se consideraba la chica más afortunada de Sydney... ¡y quizá de toda Australia!

En el momento en que terminó de bajar la escalera sonó el timbre de la puerta. Se quedó inmóvil por un momento, petrificada. ¿Quién podría ser a aquellas horas de la noche?

Un extraño presentimiento la asaltó cuando se acercó hacia la puerta con paso vacilante.

–¿Quién es? –preguntó sin abrir, nerviosa.

–La policía, señora.

Descorrió la cadena y abrió la puerta, palideciendo al ver a los dos agentes uniformados en el portal. Sus rostros serios indicaban que su misión no era muy agradable.

–¿La señora Montgomery? –preguntó el agente de mayor edad, frunciendo el ceño.

–No. Mi madre está arriba, en la cama. Yo soy Justine Montgomery, su hija. ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a mi padre?

Cuando Justine vio el intercambio de miradas de los policías, la cabeza empezó a darle vueltas. «Contrólate», se ordenó a sí misma. «Mamá va a necesitarte».

–Él... está muerto, ¿verdad? –pronunció.

–Lo lamento de verdad, señorita...

–Yo... supongo que se habrá tratado de un accidente de coche –añadió con voz ahogada, pensando en todas las veces que le había regañado a su padre por conducir tan deprisa.

Los dos agentes intercambiaron otra significativa mirada, y Justine se tensó.

–Er... no, señorita. No ha sido un accidente de coche. Lo siento. Realmente pienso que...

–¡Dígamelo, por el amor de Dios! –lo interrumpió–. Necesito saber la verdad.

–Su padre ha sufrido un fatal ataque cardíaco en un club de King Cross donde los caballeros van a ... bueno, a entretenerse.

Justin retrocedió, apoyándose en la puerta principal y abriendo mucho los ojos.

–A ver si lo comprendo, sargento –dijo lentamente–. ¿Está usted diciendo que mi padre ha muerto en un burdel?

El hombre parecía dolorosamente avergonzado, reacio a repetirle aquella noticia.

–Hum... sí, señorita –admitió al fin–. Eso es lo que estoy diciendo. Mire, me doy cuenta de lo que debe de sentir ahora mismo. Desgraciadamente hay...

–¿Quién es, querida?

El sargento se interrumpió, y Justine se giró en redondo.

Adelaide Montgomery estaba bajando las escaleras. Se había puesto una bata, y en su rostro hermoso y regordete se dibujaba una sombría expresión.

–¿Ha pasado algo malo? –inquirió preocupada.

Justine vio cómo palidecía su madre al descubrir a los dos policías, antes de que sus ojos se llenaran de pánico y terror. Se cerró el cuello de la bata con las dos manos mientras se tambaleaba peligrosamente, a punto de caerse.

–¡Oh, Dios mío, no! ¡Grayson no...!

Justine se apresuró a sostener a su madre antes de que se desmayara, sabiendo que ya nunca su vida volvería a ser la misma.

Capítulo 2

UNA CASA de huéspedes! –exclamó su madre, horrorizada–. ¿Quieres convertir mi casa en una pensión? Oh, no, no, no. Eso jamás, Justine. Esta fuera de toda discusión. Dios mío, ¿qué pensarían mis amistades?

–¿A quién le importa lo que piensen? –fue la frustrada réplica de Justine–. La mayoría de ellos son gente interesada, amigos sólo para los tiempos fáciles. ¿Cuántas llamadas o visitas has recibido últimamente de esos a los que todavía denominas tus amigos? ¿Cuántas invitaciones? Fueron todos al funeral, te dieron el pésame, pero, tan pronto como descubrieron que ya no había dinero, desaparecieron.

–Oh, Justine, te estás imaginando cosas. Precisamente ayer recibí por correo una carta de Ivy invitándonos a las dos a la fiesta del cumpleaños de Félix, que tendrá lugar el sábado que viene por la tarde.

Justine se contuvo de señalar que probablemente aquello se debía a la intervención de Trudy, dado que Ivy era su madre. La invitación había llegado sospechosamente tarde, en todo caso: el miércoles. No tenía ninguna duda de que Trudy habría montado en cólera al no encontrar ni a Justine ni a su madre en la lista de invitados.

A Justine no le gustaba nada Ivy Turrell. Era una detestable esnob, y su marido no era mucho mejor. Félix había hecho una fortuna vendiendo seguros, y sólo invitaba a su casa a gente de la que podía conseguir al-

gún beneficio. Naturalmente, había habido una época en la que los Montgomery siempre habían sido bien recibidos en su casa. Una época que finalmente no había durado mucho, pensó tristemente Justine.

–La gente nos está dando un plazo de tiempo para que nos recuperemos –continuó su madre–. Realmente no somos pobres y sólo han pasado dos meses desde que tu padre... desde que él... –de pronto se sentó en la cama sin hacer, con las manos entrelazadas en el regazo–. Desde el funeral –terminó con voz ahogada.

Justine se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

–Mamá. tenemos que enfrentarnos a la realidad. Somos pobres, comparadas con la gente con la que nos hemos relacionado. De acuerdo, todavía posees esta casa y todo lo que contiene. Pero ya no disponemos de ningún ingreso. Y papá murió debiendo cerca de medio millón de dólares.

–Pero no lo comprendo –sollozó su madre–. ¿A dónde fue todo el dinero? Yo heredé de mis padres una considerable fortuna cuando murieron. Yo era su única hija.

–Papá se lo gastó todo, mamá. Y, en cierta forma, nosotras también. Ni tú ni yo le preguntamos nunca de dónde conseguía el dinero para tantos lujos, ¿verdad? Nunca hicimos cálculos, nunca nos pusimos a trabajar, nunca nos cuestionamos nuestro opulento estilo de vida. Simplemente aceptamos todo esto como algo natural –terminó, señalando con un gesto el lujoso dormitorio tapizado en seda.

–Pero a Grayson nunca le gustaba que yo le hiciera preguntas...

–Lo sé, mamá. Lo sé.

–Él... solía ponerse furioso cuando yo le preguntaba algo...

«Canalla», pensó Justine con amargura. Antes había querido y admirado a su padre, pero ya no. Ahora co-

nocía al hombre verdadero, y no al hombre de sonrisa dulce que, obviamente, había pensado que sus deberes como esposo y padre quedaban suficientemente cubiertos alimentando las cuentas bancarias de su mujer y de su hija. La verdad era que había descuidado a su familia, confiando en su propio encanto para mantener las apariencias con ellas.

Justine se había visto obligada a aceptar que su padre se había casado con su madre por dinero, jamás por amor. La codicia de Grayson Montgomery había sido tan prodigiosa como su lujuria. Uno de los peores rumores que había oído desde su muerte refería que se había aprovechado de varias viudas de edad avanzada y cuantiosa fortuna, ganándose su afecto para convertirse en beneficiario de sus testamentos... para luego derrochar todo ese dinero rápidamente.

Justine no tenía ninguna duda sobre ello. Sólo tenía que mirar su apurada situación económica para descubrir la verdad sobre su padre: durante los últimos años; había gastado enormes cantidades de dinero en un estilo de vida cada vez más lujoso. Sus numerosas visitas a las burdeles de alta categoría habían terminado por arruinarlo. Había muerto sin seguro de vida, con una deuda considerable avalada por la casa familiar. Su deportivo había sido expropiado, al igual que el coche de su madre; sólo se había salvado el de Justine, aunque sabía que terminaría perdiéndolo. Tendría que cambiarlo la próxima semana por un modelo más sencillo y barato.

–¿De verdad que ya no nos queda nada de dinero? –le preguntó en aquel momento su madre, llorosa.

–Eso me temo –le confesó–. El banco de papá incluso está amenazando con vender la casa para poder recuperar sus pérdidas. Y no dudo de que será capaz de hacerlo.

–Pero ésta es mi casa... –los ojos de su madre se llenaron de lágrimas–. Mi padre la compró cuando se

casó con mi madre, hace ya sesenta años... Yo nací, crecí aquí... Todos mis recuerdos están en este lugar. No... no podría soportar perder esta casa...

Justine se daba perfecta cuenta de ello, porque también había sido su hogar, desde que murieron sus abuelos. Ella no quería vender la casa, pero alguien tendría que ser práctico; ¡alguien tendría que enfrentarse a la realidad y hacer algo para poner fin a todo aquello!

Como su madre, Justine jamás en toda su vida se había preocupado verdaderamente por nada, y las cosas tampoco le habían resultado fáciles desde la muerte de su padre. Pero extrañamente, frente a la adversidad, Justine había descubierto unas fuerzas ocultas en su carácter que jamás había creído poseer. Y una de ellas era la decisión de no sucumbir a la autocompasión.

–Es por eso por lo que estoy intentando salvarla –le señaló con tono firme a su madre–. La idea de una casa de huéspedes es la única solución. Incluso así, tendremos que subastar algo para reducir la deuda que tenemos con el banco. He pensado que podríamos empezar con las cosas que la abuela me legó en su testamento. Ya sabes que son bastante valiosas.

Hasta aquel mismo día, la madre de Justine simplemente se había negado a enfrentarse con lo que había hecho su marido. Había seguido pretendiendo alegremente que todo terminaría por salir bien si permanecía el tiempo suficiente con la cabeza enterrada en la arena.

Justine la observaba en aquel momento, mientras se esforzaba por aceptar la realidad. Desgraciadamente, el hábito que su madre tenía de ignorar los hechos incuestionables estaba demasiado arraigado. En lugar de plantarle cara a la situación, empezó a enfurruñarse.

–¿Subastar el legado de tu abuela? ¡Absolutamente no! ¡No quiero oír hablar de ello! Yo... yo iré a hablar con el director del banco mañana mismo y se lo explicaré todo. Estoy segura de que podrá esperar a que las

dos consigamos algún trabajo y podamos saldar las deudas de tu padre.

¡Justine apenas podía creer que su madre pudiera ser tan ingenua! ¿Quién podría contratar a una mujer de cincuenta y siete años que jamás en toda su vida había trabajado? ¡Y sus propias perspectivas no eran mucho mejores!

–Mamá, ninguna de nosotras tiene cualificaciones laborales que ofrecer a una empresa –le explicó con tono paciente–. Yo, en todo caso, tendría alguna posibilidad porque soy más joven. Pero no me hago ilusiones. Incluso aunque tuviera la suerte de encontrar un empleo en una boutique o en un supermercado, mi salario jamás alcanzaría ni para pagar los intereses de la deuda. Nuestra única oportunidad consiste en abrir un negocio. Tenemos cinco dormitorios libres en esta casa si compartimos éste. Podríamos convertir el despacho de papá en otro dormitorio; la universidad está muy cerca, y ganaríamos bastante dinero alquilando a estudiantes las seis habitaciones, en régimen de pensión completa.

–¿Pero quién cocinaría y haría la limpieza? La semana pasada tuvimos que despedir a Gladys y a June.

–Tendríamos que hacerlo las dos, mamá. No podemos permitirnos tener una cocinera. Ni una limpiadora. Y tampoco un jardinero...

–Oh, no, Tom no... –protestó Adelaide.

–Sí, Tom también. No tenemos suficiente dinero para pagarle. El hecho es, mamá, que ya ya no nos queda dinero alguno. La factura de la electricidad llegará esta semana, y llevamos sin pagar la del teléfono desde antes de navidades. Han amenazado con cortárnoslo para finales de esta semana. Hoy vamos a tener que vender algunas cosas para pagar esas facturas y comprar algo de comida: algunas cosas personales que no necesitemos realmente...

Adelaide levantó bruscamente la cabeza, con una mirada llena de dolor.

–¡Las joyas de mi madre no!

–Tal vez alguna vez tengamos que hacerlo –suspiró Justine, levantándose–, pero no, todavía conservaremos durante un tiempo las joyas de la abuela. En todo caso, no nos darían ni siquiera una fracción de lo que valen realmente. Estaba pensando en llenar el coche de ropa y dirigirme a una tienda de ropa de segunda mano, que esté especializada en prendas de diseñadores –y añadió al ver la expresión consternada de su madre–: Porque dudo que en el futuro nos inviten a muchas fiestas y actividades sociales.

–¿Y qué pasa con la fiesta de cumpleaños de Félix? –le preguntó Adelaide con tono desafiante–. ¿Qué vamos a llevar si vendes todos nuestros vestidos de noche?

–Muy bien, nos quedaremos cada una con un par –cedió Justine–. Pero algún día tendremos que venderlos también, bolsos y zapatos incluidos. ¿Quieres que mire yo en tu guardarropa para elegir algo, o prefieres hacerlo tú misma?

Adelaide empezó a negar enérgicamente con la cabeza.

–Esto es terrible. ¿Qué va a ser de nosotras?

–Nada será demasiado terrible, si puedo venderle mi proyecto de la casa de huéspedes al hombre al que voy a ver el viernes por la mañana.

–¿Hombre? ¿Qué hombre?

–Uno del banco, pero no del que amenaza con embargarnos la casa. Se trata de un banco comercial especializado en préstamos a bajo interés. Trudy me ha dado el nombre de uno de sus directivos, al que conoce personalmente. Al parecer, se muestra bastante dispuesto a ayudar a las chicas en apuros.

Pero Trudy no se lo había explicado con esas mismas palabras.

–Wade tiene un insaciable apetito por las mujeres –le había advertido su amiga–. Haría cualquier cosa con tal de acostarse con una. Yo estuve en una fiesta de Año

Nuevo la semana pasada, y delante de mí se jactó de todos los préstamos que se había dignado conceder a cambio de favores... Creo que pretendía impresionarme con su descaro. Dada su inclinación hacia el sexo femenino, estoy segura de que conseguirías uno de sus créditos.

–No estoy tan desesperada, Trudy –había repuesto Justine, estremeciéndose ante la perspectiva de intercambiar sexo por un préstamo. ¡Aquello no era mejor que la simple prostitución!

–Nadie te está sugiriendo que te acuestes con él, Jussie. Aunque por supuesto que yo podría hacerlo, en un momento dado... –había añadido Trudy, con una malévola sonrisa–. Wade es un tipo muy guapo, ¿sabes? Pero puedo comprender que una chica como tú, que todavía está esperando a su verdadero amor, considere esa posibilidad como un auténtico ultraje. Así que limítate simplemente a sonreír y a halagar a ese canalla sinvergüenza. Y dale la impresión de que será generosamente recompensado si te concede el préstamo. Con esa cara y ese cuerpo que tienes, estoy segura de que no se resistirá.

–¿Pero qué sucederá si no cumplo con sus expectativas? –le había preguntado Justine.

–Oh, se molestará bastante, no tengo ninguna duda sobre ello. Pero no podrá ir a quejarse de ello a su jefe, ¿no te parece? Créeme cuando te digo que al presidente de ese banco en particular no le haría ninguna gracia descubrir que uno de sus directivos se aprovecha de su posición para conseguir favores sexuales.Conozco a Marcus Osborne; mi padre lo ha invitado a venir a casa un par de veces. Es un hombre formidable, en todos los sentidos. Implacablemente ambicioso, pero honesto hasta la muerte. Si llegara a descubrir lo que está haciendo Wade, lo despediría de inmediato.

Y se lo tendría bien merecido, había pensado Justine en aquel instante. Y todavía lo pensaba. Pero también se daba cuenta de que no tenía más opción que arriesgarse

a ver a Wade, si no quería perder la casa. Todos los intentos que Justine había hecho con otros bancos habían fracasado. Después de miles de llamadas de teléfono, sólo un directivo había consentido en verla la semana anterior, y de hecho se había reído de su propuesta.

El recuerdo de aquella risa no hizo sino estimular aun más la decisión de Justine. A eso de las diez de la mañana se encontraría en el despacho de Wade Hampton, dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya y conservar la casa de la familia. Si tenía que humillarse un poco, lo haría. Y si tenía que sacrificar una parte de su orgullo, también. Si se veía obligada a suplicarle...

No, no le suplicaría. Eso sería llegar demasiado lejos. Como acostarse con aquel hombre... ¡vaya idea!

–¿Qué vas a llevar? –le preguntó su madre.

–¿Qué?

–A tu cita con ese hombre del banco. ¿Qué ropa te vas a poner?

–No estoy segura. Todavía no lo he pensado.

–Entonce quizá deberías pensártelo, antes de que vendas toda la ropa decente que tienes.

La palabra «decente» destilaba cierta ironía. «Decente» no era la apariencia que quería presentar al día siguiente, si pretendía impresionar a Wade Hampton. Necesitaba llevar algo muy espectacular, muy sexy.

Pensó en el vestido de color verde lima, que había comprado un día en compañía de Trudy. Su amiga siempre la incitaba a hacer locuras, aunque tenía que reconocer que tenía un gusto infalible en cuanto al tipo de ropa que deslumbraba a los hombres.

Aquel vestido en particular tenía un escote discreto pero era asombrosamente corto y ajustado. Justine sólo se lo había puesto una vez, el año pasado, y el efecto había sido espectacular. Decidida, se levantó de la cama.

–Vamos, mamá. Es hora de que bajemos a tomar un buen desayuno. ¡Hoy vamos a tener mucho trabajo!

Capítulo 3

MARCUS se hallaba sentado ante su escritorio, tamborileando furiosamente contra la mesa con su bolígrafo de oro. ¡Todavía no podía creer en el descaro de aquel joven! No tenía ni pizca de remordimiento, ni de conciencia. Ni siquiera le había importado que lo despidiera en el acto, sin contemplación alguna.

Por supuesto, procedía de una familia adinerada, con valiosos contactos. No necesitaba su salario. Y el trabajo de Wade Hampton como directivo de créditos había sido simplemente una forma de pasar el tiempo hasta que heredara la fortuna de la familia.

Los Wade Hampton que existían en el mundo no tenían ni idea de cómo vivía la otra mitad. Desde la cuna, su vida siempre había estado marcada por el sello del privilegio. Incluso la diatriba que aquella misma mañana le había lanzado no había logrado siquiera arañar la arrogancia e insolencia de aquel joven.

Cuando Marcus había sabido de la tendencia de Hampton a aprobar créditos no por el mérito de los proyectos que le presentaban, sino por la disposición de sus clientas a otorgarle favores sexuales, había montado en cólera. El simple pensamiento de que la reputación de su banco se pusiera de ese modo en entredicho lo había sacado de quicio. Si había algo que Marcus valorara por encima de todo era su buena reputación, su buen nombre. Y de pronto un empleado suyo utiliza-

ba su posición de poder para chantajear a mujeres... con el fin de acostarse con ellas.

Aunque Hampton no lo había visto de esa manera.

–¿Chantaje? –había repetido cuando Marcus le lanzó aquella acusación–. No tengo necesidad de chantajear a las mujeres para que se acuesten conmigo. De todas formas, lo que hacía no tenía nada de malo. Todo el mundo quedaba contento: yo, las damas... y tu estúpido banco. Ninguno de los créditos que concedí ha quedado impagado. No es ningún crimen mezclar el placer con los negocios. Dios mío, mírate a ti mismo: con esa ropa que llevas, pareces un empresario de pompas fúnebres. Y además te comportas como si fueras mi abuelo. Apostaría a que hace años que no te acuestas con una chica ... Pero ése es tu problema –había declarado antes de dirigirse hacia la puerta–. ¡Porque yo ya he dejado de trabajar aquí!

Quince minutos habían pasado desde la marcha de Hampton, un tiempo que Marcus había aprovechado para pedirle a su secretaria que informara de la situación a la sección de personal, para luego encargarle un listado de las citas concertadas para ese viernes en la oficina de créditos. Todo lo cual había sido hecho por su secretaria con su habitual eficiencia.

Pero era Marcus quien en aquel momento no estaba actuando con la eficiencia que le exigía a los demás. La lista de citas llevaba en sus manos por lo menos cinco minutos, y aún no había podido concentrarse en los nombres. El comentario de Hampton acerca de su vida sexual, o de su carencia de la misma, lo había impresionado.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que se acostó por última vez con una mujer?

Demasiado. Apretando los dientes, Marcus centró su atención en el papel que tenía delante, y de pronto entrecerró los ojos al leer el primer nombre del listado. La cita que Hampton había concertado para las diez, la

primera del día... ¡era con la señorita Justine Montgomery!

La sorpresa de Marcus sólo se vio superada por su curiosidad. ¿Cómo era posible que la riquísima señorita Montgomery fuera a su banco a pedir un crédito? Debería saber que estaban especializados en créditos para negocios. ¿Acaso pretendía entretenerse con un negocio a la espera de cazar a un marido rico? ¿Una galería de arte, quizá? ¿O una boutique de moda?

Pero todo aquello eran puras especulaciones. Y sólo había una forma de saberlo a ciencia cierta. Mantener la entrevista con ella y preguntárselo.

La perspectiva de volver a ver a la señorita Montgomery, y desde una posición de superioridad, ejercía sobre Marcus una insidiosa atracción. Empezaba a apreciar el atractivo que Hampton había encontrado en su trabajo: disponer a su merced de una mujer, sobre todo de una joven increíblemente hermosa, e intercambiar unos servicios por otros de distinta naturaleza...

A Marcus se le aceleró el pulso al imaginarse tan desagradable escena. Justine Montgomery había permanecido viva en su memoria desde aquella cálida noche de noviembre de hacía dos meses, cuando la había observado a hurtadillas mientras salía de la piscina, casi desnuda.

«¿Te gustaría acostarte con ella, verdad?», le susurró una diabólica voz interior.

Bruscamente se levantó y consultó su reloj de bolsillo: las diez menos cinco. Tenía dos opciones. Podría aplazar la cita con la señorita Montgomery, con otro directivo. O podría bajar él mismo a la sección de créditos y entrevistarse personalmente con ella.

Su instinto de evitarse problemas le aconsejó que cambiara la cita, pero cuando levantó la mirada y contempló su reflejo en el cristal de la ventana que estaba detrás de su escritorio, evocó de pronto los insultos que le había lanzado Hampton.

En la pantalla de su mente, el directivo despedido le sostenía la mirada, convencido de que siempre podían combinarse los negocios con el placer...

Pero al momento aquella visión fue sustituida por otra, en la que aparecía la expresión sobrecogida de Justine mientras él mismo le exponía las condiciones de concesión del crédito. A Marcus se le secó la garganta al imaginarse el instante en que la habría atraído a sus brazos. En aquel momento casi podía sentir su inicial reluctancia, sentir el latido de su corazón contra su pecho...

Hasta que la besó.

Después de eso ya no hubo más resistencia, sólo la más deliciosa rendición mientras su cuerpo se fundía con el suyo...

Marcus apretó los dientes cuando la excitación que se estaba apoderando de él lo devolvió a la realidad. Sabía que jamás haría una canallada semejante, pero no podía dejar de pensar en ello. Había algo oscuramente sugerente en el pensamiento de tener a Justine Montgomery a su merced.

Su sentido común y su profesionalismo le exigían que se olvidara de aquella chica. Nada, ni siquiera la mujer más deseable del mundo, podía inducirlo a comportarse de una manera tan baja y rastrera.

Justine miró su reloj mientras salía del ascensor: eran las diez menos cinco.

Suspirando profundamente, cuadró los hombros y se dirigió con la cabeza bien alta hacia el gran mostrador de recepción. Aunque no era una chica nerviosa, tenía que admitir que aquella mañana estaba especialmente inquieta. Lo más fácil habría sido dar la vuelta y salir corriendo, pero la huida no figuraba entre sus opciones. Cualquier persona medianamente inteligente se daría cuenta de que su madre podría sufrir una nueva

crisis si perdía la casa junto con todo lo demás. Justine la había oído llorar en la cama la noche anterior, y aquellos sollozos la habían reafirmado en su decisión de conseguir a toda costa aquel maldito crédito.

La secretaria de recepción dejó de teclear en el ordenador y levantó la mirada cuando Justine se le acercó.

–¿Puedo ayudarla en algo? –preguntó, cortés.

–Me llamo Justine Montgomery. Tengo una cita a las diez en punto con el señor Hampton.

–Oh, sí, señorita Montgomery. Wade no se encuentra en su despacho en este momento, pero lo buscaré. Estará con usted en unos minutos. La acompañaré al despacho para que pueda esperarlo allí.

El despacho del señor Hampton era de dimensiones muy pequeñas. Justine tomó asiento en una silla frente al poco impresionante escritorio, para esperar al directivo de créditos. Cruzó y descruzó las piernas varias veces, incómoda e inquieta; se sentía demasiado expuesta con aquella falda tan corta. Intentó juntar mucho las rodillas, pero sabía que con aquella postura parecería ridícula.

Dominando sus nervios, bajó su bolso del regazo para dejarlo en el suelo, y cruzó por última vez las piernas ignorando decididamente la peligrosa manera en que se le subía la falda. Otro vistazo a su reloj le indicó que pasaba un minuto de las diez.

Dos minutos después, oyó unos pasos acercándose por el pasillo. Y cuando volvió la cabeza vio a un desconocido entrar con aspecto seguro en el despacho, cerrando la puerta a su espalda.

Justine parpadeó asombrada; ¡estaba segura de que aquel hombre no podía ser Wade Hampton! En primer lugar había esperado a alguien mucho más joven, y no de unos treinta y cinco años. El gusto de Trudy en cuestión de hombres se atenía a tipos muy jóvenes, de cabello largo y mirada inocente.

Justine no podía apartar la mirada de aquel rostro de rasgos que parecían esculpidos en piedra; ni una sola sonrisa de bienvenida atenuaba su boca dura, con aquellos ojos de un intenso color negro y expresión dura. A pesar de su aspecto hosco, tuvo que reconocer que era un hombre muy atractivo.

–Buenos días, señorita Montgomery –la saludó bruscamente, con expresión indescifrable–. Lamento haberla hecho esperar –tomó asiento ante el escritorio, bajando de inmediato a mirada al documento que llevaba consigo, y transcurrió un minuto más antes de que la levantara de nuevo–. ¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarla?

–Tengo una propuesta de negocios que hacerle a su banco, señor Hampton; creo que es muy buena, y que nos beneficiará a ambos...

Marcus permaneció en silencio durante un buen rato, como si se hubiera quedado paralizado.

Ella pensaba que él era Wade Hampton.

Algo comprensible, por lo demás. Él no se lo había aclarado, aunque había querido hacerlo antes de que la vista de aquellas increíbles piernas lo hubiera distraído nada más entrar.

La examinó con mayor detenimiento, deteniéndose en su provocativo vestido verde, en sus labios muy pintados, en sus maravillosos ojos... Estaba demasiado nerviosa, o excitada. O ambas cosas a la vez.

De pronto, una sospecha se abrió paso en su mente. ¿Conocería la señorita Montgomery la reputación de Wade Hampton como especialista en conceder créditos a cambio de otro tipo de favores? ¿Se habría presentado a la entrevista dispuesta a ofrecer su delicioso cuerpo a cambio de un préstamo? ¿Qué habría querido decir con aquello de que su propuesta podría beneficiarlos a ambos?

Aquella posibilidad suponía una tentación demasiado fuerte para su ya no tan firme conciencia. Para su desgracia, aquella joven era increíblemente hermosa, y más todavía cuando sonreía.

«Hermosa pero perversa», le recordó una voz interior. Aunque no podía estar completamente seguro de ello: aún no. Por otra parte, si era sincero, tampoco le importaría mucho que lo fuera. Al menos no en aquel momento, cuando todo su cuerpo se veía sacudido por un violento deseo. ¿Quién sabía lo que podía hacer si se había presentado allí dispuesta y deseosa de comportarse como una mujer realmente perversa? Las variadas imágenes que aquel pensamiento le evocaba poco hacían para disminuir su excitación.

Marcus continuó mirando al objeto de sus más oscuros deseos durante unos segundos más, antes de decidir no revelarle su verdadera identidad.

–¿Ah, sí? –inquirió, cruzando los brazos sobre el pecho mientras se esforzaba por no devorarla con los ojos. Tuvo que aclararse la garganta antes de continuar, porque aquella chica constituía una auténtica tentación. Si el diablo había querido enviarle a alguien para corromperlo, no podía haber elegido a alguien más adecuado–. Quizá quiera resumirme su propuesta. Me gustaría ser capaz de juzgar si finalmente nos va a beneficiar o no a los dos.

A Justine no le pasó desapercibido el tono irónico de sus palabras, y vaciló por un instante. Aquel hombre sabía... que ella iba a flirtear con él; sabía que ella iba a entregarse a sí misma a cambio del crédito. Y allí estaba, como una enorme araña negra esperando a que quedara atrapada en su tela.

El orgullo la impulsaba a levantarse bruscamente y a salir de allí cuanto antes.

Pero el orgullo no iba a facilitarle el crédito. Sería

un pobre consuelo cuando se marchara de allí y le explicara a su madre que tendrían que vender la casa. Y el orgullo tampoco le sería de mucho valor cuando tuviera que ingresarla en un sanatorio...

Pero el pragmatismo se imponía a su orgullo. ¿A quién le importaba lo que él pudiera pensar de ella? Aquel hombre era un insecto, un tipo que se aprovechaba de las mujeres... «Y bien, esta vez es de ti de quien se va a aprovechar», se dijo Justine. Le lanzó otra sonrisa radiante, y acto seguido comenzó con una explicación sobre su actual situación económica.

Hampton frunció el ceño cuando ella le habló de la muerte de su padre y de sus numerosas deudas. Y el ceño se profundizó aún más cuando se enteró de la intención del banco de venderle la casa para reponer sus pérdidas.

–¿Pueden hacer eso? –le preguntó ella bruscamente.

–Legalmente, están en su derecho. ¿El valor de la casa cubriría el saldo total de la deuda?

–Oh, fácilmente.Vale un millón como mínimo.

–Mmmm.

–Mi madre no quiere vender, señor Hampton. Y yo tampoco. Si usted pudiera concederme un crédito con un razonable plazo de tiempo, tengo un plan que estoy segura me permitirá devolverle todo el dinero más los intereses.

–Bueno –Marcus arqueó las cejas–, será mejor que me cuente de una vez ese plan.

–Desde luego. En primer lugar, podría reducir sustancialmente el crédito en unas pocas semanas, subastando algunos bienes.

–Entiendo. ¿Y cuánto cree que podría saldar de esa forma?

–Estoy convencida de que podría recortar el crédito a doscientos mil dólares.

–¿Y cómo piensa reponer esos doscientos mil que le quedarían por pagar?

–De la manera habitual, mediante pagos mensuales.

–Estaríamos hablando de dos mil por mes. ¿Pero de dónde sacaría el dinero necesario, señorita Montgomery?

Aquella lógica pregunta llevó a que Justine le explicara con todo detalle su proyecto de la casa de huéspedes.

–Lo siento, señorita Montgomery –contestó finalmente Marcus–. Me temo que no podemos ayudarla. Su plan no es económicamente viable. Tiene demasiadas variables. Realmente pienso que lo que más le conviene a usted y a su madre es vender la casa y comprarse una casa más pequeña con el dinero que obtengan.

–Pero yo no quiero vivir en una casa más pequeña –le espetó Justine, nerviosa.

Marcus la miró arqueando una ceja. La joven apretó los dientes mientras se recordaba que aquella no era la actitud más adecuada que debía tener con él. En aquel momento debería estar flirteando, y no estallando de furia...

–Mi madre ha sufrido mucho –intentó explicarle–. Todavía está muy afectada por la muerte de mi padre, y el hecho de perder la casa le rompería el corazón. Por favor –le rogó, mirándolo directamente a los ojos y rompiendo las promesas que se había hecho a sí misma de no suplicar su ayuda–. Sé que puedo tener éxito con el negocio.

Por un momento, Justine creyó haberlo conmovido... y sin tener que humillarse mucho. Pero de inmediato él se levantó, mirándola con firmeza.

–No crea que no comprendo su situación, señorita Montgomery. Si tuviera un empleo que respaldara su proyecto de la casa de huéspedes, no dudaría en concederle el crédito. Pero usted misma ha hecho constar en su solicitud que es estudiante universitaria. ¿Qué es lo que está estudiando exactamente?

–Estoy haciendo una licenciatura en estudios de Tiempo Libre.

–Estudios de Tiempo libre –repitió él con tono seco.

–Me estoy especializando en la rama de gestión turística. Lo cual debería proporcionarme un trabajo bastante bien pagado... cuando termine de estudiar.

–¿Y cuándo calcula que será eso?

–Oh, bueno... acabo de terminar el primer curso.

–¿Sólo el primer curso? En su solicitud consta que usted tiene veintiún años. ¿A qué se dedicó cuando abandonó el instituto? ¿A viajar?

–No. Yo... suspendí durante dos años el primer curso.

–Comprendo.

–No, usted no lo comprende –se apresuró a explicarse Justine–. No soy ninguna estúpida, señor Hampton. Lo que pasa es que no me empleé a conciencia... estaba demasiado ocupada divirtiéndome... Pero puedo conseguir cualquier cosa que me proponga.

–¿Cualquier cosa, señorita Montgomery? –se burló él.

–Bueno, casi cualquier cosa –repuso Justine–. Por ejemplo, dudo que pueda convertirme en una cirujana del cerebro. Pero soy perfectamente capaz de dirigir un negocio como una casa de huéspedes. Y mi madre me ayudaría.

–Había creído entender que su madre no se encontraba muy bien...

–No se trata de que esté físicamente enferma. Más bien es un problema emocional, que podría resolver si pudiera quedarse con su casa...

Justine esperó en vano a que él dijera algo. Pensó que, para tratarse de un consumado mujeriego, no se lo estaba poniendo nada fácil. Quizá disfrutara viendo cómo las mujeres se rebajaban ante él... o quizá prefería esperar a que cayesen de rodillas a sus pies, sollozando... Tragó saliva, tragándose de paso los últimos restos de su orgullo.